

VISUALIDAD Y GOBIERNO DE LA PERCEPCIÓN EN MÉXICO. HACIA UNA SOCIOLOGÍA POLÍTICA DE LA MIRADA EN CONTEXTOS DE VIOLENCIA ESTRUCTURAL

VISUALITY AND THE GOVERNANCE OF PERCEPTION IN MEXICO. TOWARD A POLITICAL SOCIOLOGY OF THE GAZE IN CONTEXTS OF STRUCTURAL VIOLENCE

JOEL RUIZ SÁNCHEZ

Universidad Autónoma del Estado de Morelos, México

<https://orcid.org/0000-0002-2459-8452>

jorsan30@hotmail.com

Recepción: 22 ene 2026

Aprobación: 3 jun 2026

DOI: <https://doi.org/10.36677/eot.voi20.27440>

RESUMEN

Este artículo analiza la visualidad como una tecnología política central en la organización contemporánea del poder y propone una interpretación del caso mexicano a partir de la articulación entre necropolítica y producción social de la percepción. Desde una perspectiva hermenéutico-crítica, se examina el papel de los medios de comunicación, las plataformas digitales, los archivos institucionales y los paisajes urbanos en la configuración de una ecología visual de la violencia. El análisis muestra que la violencia no se gestiona únicamente mediante dispositivos de seguridad o control territorial, sino también a través de arquitecturas visuales que orientan la atención colectiva, producen marcos de inteligibilidad y contribuyen a la normalización de la exposición sistemática a la muerte. Se sostiene que, en el México contemporáneo, la soberanía opera también mediante la intervención en los marcos perceptivos que organizan la experiencia social de la violencia.

Palabras clave: visualidad, necropolítica, régimen escópico, gobierno de la percepción, violencia estructural

ABSTRACT

This article examines visuality as a central political technology in the contemporary organization of power and proposes an interpretation of Mexico as a necropolitical visual regime. Drawing on critical visual culture theory, Foucauldian governmentality, and the concept of necropolitics, it argues that violence is not governed solely through security dispositifs or territorial control, but through visual architectures that organize social perception, manage collective attention, and produce frames of intelligibility that normalize systematic exposure to death. From a hermeneutic-critical perspective, the article analyzes the role of media, digital platforms, institutional archives, and urban landscapes in shaping a visual ecology of violence. It contends that, in contemporary Mexico, sovereignty is also exercised as a government of perception that integrates death into the everyday sensible order.

Keywords: visuality, necropolitics, scopic regime, government of perception, structural violence

INTRODUCCIÓN

En las sociedades contemporáneas, la imagen ha dejado de ocupar un lugar exclusivamente estético o cultural para convertirse en una tecnología central de organización de la vida social. La visualidad no sólo media nuestra relación con el mundo, también configura la experiencia colectiva de la realidad, orienta la atención, contribuye a la producción de marcos de inteligibilidad y moldea la sensibilidad moral. Ver no es una operación privada del sujeto, sino una práctica social e históricamente mediada.

La expansión de los medios de comunicación, la digitalización de la experiencia cotidiana y la consolidación de una economía global de la atención han transformado radicalmente el lugar de la percepción en la vida social. Gran parte de nuestra relación con la realidad se encuentra hoy mediada por pantallas, flujos informativos y paisajes visuales que jerarquizan lo visible, producen formas específicas de sensibilidad y organizan la experiencia social del dolor, la violencia y la muerte. En este contexto, la imagen no sólo representa la realidad, sino que participa en su configuración bajo determinadas coordenadas políticas.

En este punto, resulta necesario matizar cualquier lectura que entienda la visualidad como una instancia determinante o unívoca en la configuración de la experiencia social. Más que operar como un dispositivo cerrado que fija de manera directa lo que una sociedad percibe, la visualidad puede ser comprendida como un campo de mediación en el que intervienen instituciones, tecnologías, discursos y afectos, configurando, de manera situada, inestable y disputada, los marcos desde los cuales la violencia adquiere inteligibilidad pública. Desde esta perspectiva, el problema no radica únicamente en qué se vuelve visible, sino en cómo se organizan las condiciones sociales que orientan la atención, jerarquizan la sensibilidad y hacen que ciertas formas de daño resulten perceptibles, tolerables o incluso normalizadas.

Este desplazamiento obliga a repensar el lugar de la visualidad en el análisis del poder contemporáneo, pues gobernar ya no significa únicamente administrar territorios, cuerpos o poblaciones, sino producir marcos perceptivos dentro de los cuales la realidad social se vuelve inteligible, tolerable y habitable. El poder opera cada vez más sobre la atención, la sensibilidad moral, la interpretación colectiva y la experiencia cotidiana del mundo. De este modo, la percepción se ha convertido en un campo estratégico de gobierno.

Esta dimensión adquiere una densidad particular en contextos marcados por la violencia estructural, la precariedad y el abandono. En estos escenarios, la soberanía no se ejerce únicamente mediante la regulación de la vida, sino mediante la producción diferencial de condiciones de muerte. La necropolítica, entendida como una racionalidad política que gobierna a través de la exposición sistemática de poblaciones enteras al riesgo y a la violencia, constituye una de las formas dominantes del poder contemporáneo.

México constituye uno de los escenarios donde esta racionalidad se manifiesta con mayor nitidez. No se trata únicamente de un país atravesado por múltiples formas de violencia, sino de un territorio donde la muerte ha sido incorporada al orden sensible cotidiano mediante una infraestructura visual compleja que articula medios de comunicación, plataformas digitales, archivos institucionales y paisajes urbanos.

Desde una perspectiva de teoría social crítica, este trabajo propone una lectura política de la visualidad como tecnología de gobierno de la percepción. Lejos de concebir la imagen como un mero dispositivo de representación, se la aborda aquí como un operador central en la organización contemporánea del poder, capaz de intervenir en la producción de normalidad, en la administración social de la violencia y en la configuración de los marcos sensibles que vuelven habitable la exposición cotidiana a la muerte. En este sentido, la visualidad no sólo media la experiencia social, sino que participa activamente en la fabricación de los órdenes perceptivos que estructuran la vida colectiva.

Este planteamiento dialoga con diversas aproximaciones críticas que, desde registros distintos, han buscado dar cuenta de la imbricación entre violencia, espacio y representación en contextos contemporáneos, a través de nociones como paisajes de desaparición, dispositivos escénicos de memoria o regímenes estético-políticos de visibilidad. Asimismo, mantiene afinidades parciales con propuestas como la del capitalismo gore, en tanto reconoce la articulación entre violencia, economía y espectacularización; no obstante, el énfasis aquí se desplaza hacia la organización social de los marcos perceptivos, es decir, hacia el conjunto de mediaciones que hacen posible que la violencia sea percibida, interpretada y gestionada como experiencia social compartida.

Desde este encuadre teórico, se plantea la hipótesis de que, en el México contemporáneo, se configura una articulación particularmente intensa entre racionalidades necropolíticas y dispositivos de producción perceptiva. En este contexto, el gobierno de la percepción constituye una dimensión central del ejercicio del poder, a través de la cual la violencia no se gestiona únicamente mediante dispositivos de seguridad o control territorial, sino también por medio de arquitecturas visuales que orientan la atención colectiva, jerarquizan la sensibilidad moral, producen marcos interpretativos y contribuyen a la normalización de la exposición sistemática a la muerte.

METODOLOGÍA

Metodológicamente, el trabajo se inscribe en una perspectiva cualitativa de carácter hermenéutico-crítico, orientada al análisis de la visualidad como régimen político. A partir de un diálogo con la teoría crítica de la cultura visual, la gubernamentalidad foucaultiana y la noción de necropolítica, se construye un marco analítico que permite comprender la imagen no sólo como un objeto cultural, sino como una dimensión estratégica del ejercicio de la soberanía en contextos de violencia estructural.

Desde este enfoque, el análisis no se orienta al estudio de contenidos específicos ni a la medición de efectos de recepción, sino a la interpretación crítica de las arquitecturas visuales que organizan socialmente la experiencia de la violencia. El *corpus* empírico no se define como un conjunto cerrado de imágenes, sino como una constelación de dispositivos de visibilidad que incluyen coberturas mediáticas, circuitos digitales de circulación, archivos institucionales, registros forenses y configuraciones espaciales marcadas por la violencia y el abandono.

El criterio de selección no responde a una lógica de representatividad estadística, sino a la recurrencia, estabilidad y centralidad de determinadas gramáticas visuales en la producción cotidiana de la percepción social. Se analizan, en este sentido, los modos en que ciertos paisajes, cuerpos, escenas y narrativas se sedimentan como repertorios visuales dominantes y contribuyen a fijar marcos de inteligibilidad relativamente estables.

La lectura hermenéutico-crítica se orienta a identificar regímenes de visibilidad, economías afectivas y dispositivos de normalización perceptiva que hacen posible la integración cotidiana de la violencia al orden sensible. Se trata, así, de una sociología política de la mirada que interroga las condiciones sociales de producción de la experiencia visual y su articulación con las formas contemporáneas de soberanía.

REGÍMENES ESCÓPICOS Y GOBIERNO DE LA PERCEPCIÓN

En las sociedades contemporáneas, la percepción no puede entenderse como una facultad individual ni como un simple registro sensible del mundo. Ver no es una operación neutral ni una experiencia inmediata de la realidad. La mirada está históricamente configurada, socialmente mediada e institucionalmente organizada. En este sentido, la visualidad no remite únicamente al campo de las imágenes, sino a un conjunto de dispositivos, prácticas, discursos y economías simbólicas que estructuran el modo en que una sociedad se hace visible a sí misma.

Nicholas Mirzoeff (2011) ha señalado que toda cultura produce un régimen visual que define qué puede ser visto, cómo debe ser visto y desde qué posiciones se ejerce el derecho a mirar. La visualidad, en este marco, no se limita a la circulación de imágenes, sino que constituye una forma de organización del mundo sensible. No se trata simplemente de representar la realidad, sino de producirla bajo determinadas coordenadas perceptivas; en este sentido, la imagen no refleja el mundo de manera neutral, sino que interviene en su configuración como mundo visible.

Esta premisa obliga a desplazar el problema de la imagen desde el terreno de la estética hacia el de la política. La pregunta ya no es qué muestran las imágenes, sino qué orden sensible instituyen, qué formas de visibilidad producen, qué jerarquías morales configuran y qué experiencias vuelven inteligibles. Desde esta perspectiva, la visualidad aparece como una tecnología social de primer orden.

La idea de que la percepción es una construcción social ha sido desarrollada de manera sistemática en la tradición crítica de la cultura visual. Por ejemplo, Jonathan Crary (1990) mostró que los modos de ver no son universales ni estables, sino que se reconfiguran junto con las transformaciones del capitalismo, la técnica y la subjetividad. En *Techniques of the Observer* analizó el surgimiento de la visión moderna como una práctica históricamente producida, inseparable de las nuevas tecnologías ópticas y de la racionalización del cuerpo. En *24/7: Late Capitalism and the Ends of Sleep* (2013), radicaliza esta tesis al mostrar que el capitalismo contemporáneo produce un régimen perceptivo basado en la captura permanente de la atención y la abolición de los ritmos naturales del cuerpo. La percepción deja así de ser un espacio de experiencia para convertirse en una superficie de explotación.

Desde otro ángulo, Jacques Rancière (2009) ha mostrado que toda organización social se funda sobre una determinada distribución de lo sensible. La política no se juega únicamente en las instituciones, sino en la configuración misma de la experiencia perceptiva, en la definición de qué puede aparecer en el espacio común, quién tiene derecho a la palabra y qué cuerpos cuentan como sujetos. La visualidad establece, en este sentido, una dimensión constitutiva del orden social.

Si la mirada no es una facultad privada, sino una práctica socialmente organizada, entonces es necesario interrogar los mecanismos que la regulan. La experiencia visual se encuentra atravesada por instituciones, tecnologías, discursos expertos, medios de comunicación, plataformas digitales y dispositivos de seguridad que orientan lo que una sociedad aprende a ver. Esta mediación permanente configura lo que aquí denominamos institucionalización de la mirada, es decir, un proceso mediante el cual la percepción se convierte en un campo de intervención política, mediado por arquitecturas visuales que orientan y jerarquizan aquello que se vuelve visible y socialmente relevante.

Por otro lado, Michel Foucault (2007) mostró que el poder moderno no se ejerce únicamente a través de la coerción directa, sino mediante dispositivos que producen saberes, normalidades y conductas. En sus cursos del Collège de France sobre seguridad, gobierno y biopolítica, analizó la forma en que el gobierno de las poblaciones se apoya en técnicas que operan de manera indirecta, orientando las conductas a partir de la producción de marcos de verdad, regímenes de saber y tecnologías de seguridad. En este contexto, la visualidad puede operar como una dimensión estratégica de la soberanía contemporánea, pues no sólo permite observar o registrar, sino que organiza la experiencia colectiva de la realidad.

Coincidimos también con Nikolas Rose (1999) cuando señala que las sociedades contemporáneas desplazan el ejercicio del poder hacia técnicas de conducción indirecta, orientadas a la producción de subjetividades adaptadas a los imperativos del orden

neoliberal. El gobierno opera cada vez más a través de la gestión de los afectos, los deseos, las aspiraciones y las percepciones; la mirada, en esta lógica, se convierte en un campo estratégico.

Hablar de gobierno de la percepción implica reconocer que la visualidad no es un simple medio de representación, sino una infraestructura de poder que organiza la experiencia colectiva del mundo. Una de sus dimensiones centrales es la administración de la atención. En un entorno saturado de estímulos, imágenes, pantallas y flujos informativos, la atención se convierte en un recurso escaso y estratégicamente disputado.

Crary (2013) también ha mostrado que el capitalismo contemporáneo produce un régimen perceptivo caracterizado por la captura permanente de la atención y la abolición de los ritmos del descanso. Desde otra perspectiva, Yves Citton (2017) propone pensar la atención como una ecología frágil, sometida a procesos de depredación por parte de dispositivos que la capturan, orientan y explotan. La atención no es un fenómeno puramente psicológico, sino una relación social mediada por infraestructuras técnicas, lógicas de mercado y arquitecturas algorítmicas que deciden qué merece ser visto, qué puede ser ignorado y qué se vuelve socialmente relevante.

Gobernar la atención implica intervenir en las condiciones bajo las cuales ciertos contenidos adquieren visibilidad, intensidad y relevancia pública. Tiene que ver también con la producción de jerarquías de visibilidad que determinan qué vidas importan, qué sufrimientos conmueven y qué muertes se vuelven paisaje. En este sentido, la atención se convierte en una tecnología política de primer orden.

En este marco, el gobierno de la percepción no debe entenderse como un mecanismo que determina de manera absoluta lo que los sujetos ven o interpretan, sino como un conjunto de dispositivos, prácticas y mediaciones que orientan, encuadran y modulan la experiencia sensible. Se trata de un proceso abierto y conflictivo, en el que intervienen tanto instancias institucionales como circuitos mediáticos, infraestructuras tecnológicas y repertorios culturales, configurando condiciones de posibilidad para la percepción sin agotarlas ni clausurarlas. De ahí que la percepción no sea el resultado de una imposición lineal, sino el efecto de múltiples operaciones que organizan la atención y distribuyen diferencialmente lo perceptible.

De este modo, el gobierno de la percepción no opera únicamente sobre la atención, sino también sobre la sensibilidad moral. Las imágenes no sólo informan, educan afectivamente; producen marcos emocionales dentro de los cuales ciertas vidas son reconocidas como dignas de duelo y otras quedan fuera del campo de la empatía. Como advirtió Susan Sontag (2003), la exposición reiterada al sufrimiento ajeno no garantiza una conciencia ética; puede producir habituación, indiferencia y fatiga moral. La visualidad no sólo muestra cuerpos heridos o territorios devastados, también produce una pedagogía social que enseña a convivir con la violencia y a aceptar el abandono como parte del orden social.

Desde esta perspectiva, la visualidad aparece como una tecnología soberana, pues no se limita a reflejar el mundo, sino que lo produce como mundo visible. Los regímenes escópicos no son estilos estéticos ni modas culturales, sino formas históricas de organización de la percepción que articulan tecnologías de observación, medios de comunicación, plataformas digitales, discursos expertos y economías afectivas. Todo ello configura un orden sensible que define qué puede aparecer en el espacio público, cómo debe ser interpretado y qué afectos son socialmente legítimos frente a lo visible.

En este sentido, el gobierno de la percepción puede comprenderse también como una forma específica de distribución de lo sensible. Como ha mostrado Jacques Rancière (2009), toda organización política se funda sobre un orden perceptivo que define qué puede aparecer en el espacio común, quién tiene derecho a la palabra y qué cuerpos son reconocidos como sujetos legítimos. La política no se juega únicamente en el terreno institucional, sino en la configuración misma de la experiencia sensible, es decir, en la producción de un régimen de visibilidad que establece los límites de lo decible, lo visible y lo pensable.

Desde esta perspectiva, la visualidad no constituye un simple campo cultural, sino un dispositivo central de la soberanía contemporánea. La producción de imágenes, paisajes, narrativas y archivos no sólo informa sobre el mundo social, sino que organiza las condiciones bajo las cuales ese mundo puede ser percibido como mundo. Gobernar implica, así, producir un orden sensible estable que vuelva inteligible y habitable una determinada configuración de la realidad.

En esta línea, Nicholas Mirzoeff (2011) también ha insistido en que la visualidad no es un derecho natural, sino un campo de disputa política. El derecho a mirar no se reduce al acceso a las imágenes, sino a la posibilidad de intervenir en los regímenes de visibilidad que organizan la experiencia social. De este modo, el gobierno de la percepción no sólo administra lo que se ve, sino que define quién puede mirar, desde dónde y bajo qué marcos de reconocimiento. La visualidad se convierte, así, en una tecnología soberana que antecede y acompaña al ejercicio material del poder.

NECROPOLÍTICA, VISUALIDAD Y ADMINISTRACIÓN SOCIAL DE LA MUERTE

Si el gobierno de la percepción constituye una de las formas centrales del poder contemporáneo, su expresión más radical se encuentra en la administración social de la muerte. En contextos marcados por la violencia estructural, la precariedad y el abandono, la soberanía no se ejerce únicamente mediante la regulación de la vida, sino mediante la producción diferencial de condiciones de muerte. La necropolítica, en este sentido, no es un fenómeno excepcional ni marginal, sino una racionalidad política que atraviesa la organización misma de lo social.

Achille Mbembe (2011) propone el concepto de necropolítica para dar cuenta de las formas contemporáneas de soberanía que se ejercen a través de la exposición sistemática de poblaciones enteras al riesgo, la precariedad y la violencia. A diferencia de la biopolítica, centrada en la administración de la vida, la necropolítica se define por la producción de espacios de excepción donde la vida pierde su valor político y se vuelve desechable. No se trata de una violencia accidental, sino de una racionalidad política que gobierna mediante la producción de territorios sacrificables y cuerpos descartables.

Sin embargo, esta administración material de la muerte requiere de una mediación simbólica que la vuelva socialmente tolerable. La soberanía no sólo interviene en la distribución diferencial de la vida y la muerte, sino que interviene en los marcos sociales desde los cuales esa muerte es percibida e interpretada, qué lugar ocupa en el orden sensible y qué tipo de respuesta moral suscita; en este punto, la visualidad adquiere una centralidad decisiva.

En los regímenes necropolíticos, la muerte no aparece como un acontecimiento excepcional, sino como una condición estructural del orden social. La exposición diferencial al riesgo, al abandono y a la violencia forma parte de una racionalidad política que gobierna mediante la producción de zonas de excepción donde la vida pierde su protección. La soberanía se ejerce tanto sobre los cuerpos como sobre la percepción social de los cuerpos.

La visualidad cumple aquí una función estratégica, pues organiza la experiencia social de la muerte; la imagen no sólo documenta la violencia, la traduce en experiencia sensible, la inscribe en la memoria colectiva y la integra al paisaje cotidiano. En contextos necropolíticos, la visualidad puede operar como una pedagogía social de la violencia que enseña a convivir con la muerte, a normalizar el horror y a aceptar el abandono como parte del orden social.

Más que afirmar una correspondencia directa entre visualidad y necropolítica, interesa señalar que determinadas racionalidades de administración de la vida y la muerte se articulan de manera específica con dispositivos de producción perceptiva. En este sentido, la visualidad no constituye en sí misma una lógica necropolítica, sino una dimensión estratégica a través de la cual dichas racionalidades se hacen visibles a través de la circulación social, por lo que adquieren formas de inteligibilidad pública. Esta articulación permite comprender cómo la exposición reiterada a la violencia no sólo remite a hechos materiales, sino también a marcos perceptivos que orientan su interpretación, regulación y eventual normalización.

Susan Sontag (2003) advirtió que la exposición reiterada al sufrimiento ajeno no garantiza una respuesta ética, sino que puede producir habituación e indiferencia. La repetición constante de imágenes de violencia no necesariamente genera indignación, sino una forma de normalización afectiva; el horror se vuelve una especie de paisaje, mientras la muerte se integra al flujo cotidiano de información y la precariedad se vuelve parte del entorno perceptivo.

Una de las operaciones fundamentales de la necropolítica consiste en la producción social de cuerpos descartables. No todas las vidas tienen el mismo valor político, ni todas las muertes suscitan el mismo tipo de respuesta moral. Judith Butler (2010) ha insistido en que las guerras contemporáneas se sostienen sobre una economía diferencial del duelo, en la que ciertas vidas son consideradas dignas de ser lloradas y otras quedan fuera del campo de la empatía. Los marcos de reconocimiento determinan qué cuerpos cuentan como humanos y cuáles pueden ser eliminados sin que ello genere una crisis moral.

De esta forma, la visualidad participa activamente en esta operación, pues las imágenes no sólo muestran cuerpos, los clasifican, los tipifican y los moralizan. Producen figuras de víctima, de criminal, de sospechoso y de enemigo. Construyen imaginarios sociales que naturalizan la exposición diferencial al riesgo. En este nivel, la necropolítica no se limita a administrar la muerte, sino que contribuye a la producción de una gramática visual de la deshumanización.

En los regímenes necropolíticos, la muerte rara vez aparece como una ejecución directa. Con mayor frecuencia se manifiesta como abandono estructural. Además, la violencia no se ejerce únicamente mediante las armas, sino mediante la retirada sistemática de las condiciones de posibilidad de una vida digna. Así, la soberanía opera a través de la producción de espacios donde la precariedad se convierte en destino.

Mbembe (2011) ha planteado que la necropolítica opera también a través de la producción de espacios de muerte, es decir, territorios donde la vida se encuentra permanentemente expuesta al riesgo, la precariedad y la violencia. Estos espacios no son anomalías del sistema, sino dispositivos centrales de su funcionamiento; en ellos, la excepción se vuelve la regla y la vulnerabilidad pasa a ser parte de una condición estructural.

Asimismo, la visualidad cumple un papel fundamental en la construcción de estos territorios sacrificables. Los paisajes de abandono, periferias urbanas, corredores migratorios, fronteras militarizadas y zonas de extracción se convierten en escenarios recurrentes de la representación mediática, en donde la precariedad se vuelve imagen, la miseria deviene en paisaje y la muerte se vuelve parte del entorno y de la vida cotidiana.

Este proceso produce lo que aquí denominamos visualidad del abandono, es decir, una configuración del campo perceptivo en la que la precariedad estructural aparece como un dato natural del mundo social. El abandono deja de ser una injusticia política para convertirse en una condición geográfica. La administración social de la muerte no opera a través de imágenes aisladas, sino mediante la producción de una ecología visual compleja en la que la violencia se territorializa.

Desde esta perspectiva, la necropolítica no puede entenderse sin una teoría del poder visual, pues la soberanía no se ejerce únicamente mediante la administración material de la vida y la muerte, sino mediante la producción de regímenes de visibilidad que organizan socialmente la experiencia del morir. De este modo, gobernar implica decidir

qué muertes son visibles, cuáles permanecen en la sombra, qué cuerpos importan y qué sufrimientos conmueven.

En síntesis, la necropolítica contemporánea se sostiene sobre una ecología visual que administra socialmente la relación con la muerte. La violencia no aparece como un acontecimiento extraordinario, sino como un entorno permanente. La precariedad no se percibe como una injusticia política, sino como una condición natural del mundo social. La visualidad cumple aquí una función central, pues produce un régimen de percepción en el que la muerte se vuelve parte del paisaje.

MÉXICO COMO LABORATORIO NECROVISUAL: MEDIOS, PLATAFORMAS, ARCHIVO Y PRODUCCIÓN DEL ESPACIO

La comprensión de México como un régimen visual necropolítico exige situar este análisis en el marco más amplio de las transformaciones contemporáneas de las democracias latinoamericanas. Lejos de concebirse como sistemas políticos plenamente institucionalizados, numerosos países de la región se caracterizan por la coexistencia entre formas democráticas formales, soberanías fragmentadas y economías políticas de la violencia. En este contexto, la gubernamentalidad no se ejerce únicamente a través de dispositivos jurídicos o administrativos, sino mediante arquitecturas de poder que articulan control territorial, gestión del abandono y producción social de la normalidad violenta.

Diversos estudios han mostrado que en América Latina la violencia no constituye una anomalía del orden democrático, sino uno de sus modos ordinarios de funcionamiento. La presencia persistente de economías criminales, la militarización de amplios territorios, la precarización estructural de amplios sectores sociales y la debilidad diferencial del Estado configuran escenarios donde la soberanía opera de manera fragmentada y territorializada. En estas condiciones, el poder no sólo se ejerce mediante la regulación institucional de la vida política, sino a través de la administración diferencial de la seguridad, la precariedad y la exposición al riesgo.

Desde esta perspectiva, la visualidad adquiere una función política central; no sólo traduce la violencia en experiencia sensible, sino que contribuye a hacerla gobernable, inteligible y socialmente tolerable. La producción cotidiana de imágenes, relatos y paisajes de la muerte participa activamente en la fabricación de un orden perceptivo adaptado a la violencia estructural. En este sentido, el régimen visual necropolítico no puede comprenderse únicamente como un fenómeno cultural, sino como una tecnología política que permite estabilizar formas contemporáneas de dominación en contextos de democracias violentas.

Si la necropolítica contemporánea se sostiene sobre una ecología visual que administra socialmente la relación con la muerte, México constituye uno de los escenarios donde esta racionalidad se manifiesta con mayor nitidez. No se trata únicamente de un país

atravesado por múltiples formas de violencia, sino de un territorio donde la muerte ha sido incorporada al orden sensible cotidiano mediante una infraestructura visual compleja que articula medios de comunicación, plataformas digitales, archivos institucionales, paisajes urbanos y narrativas políticas.

En México, la violencia no opera únicamente como práctica material, sino como una economía visual que organiza la percepción social. No se limita a producir cuerpos dañados; produce imágenes, circuitos de circulación, archivos informales y consumos cotidianos. Así, la imagen deja de ser un registro excepcional para convertirse en una mediación estructural de la experiencia colectiva. De este modo, la muerte se normaliza como parte del flujo informativo y el abandono se sedimenta como horizonte visible de lo social.

Desde esta perspectiva, México puede ser analizado como un espacio donde se articula de manera particularmente intensa la relación entre necropolítica y producción visual de la percepción, es decir, un espacio donde la soberanía se ejerce a través de la administración simbólica de la muerte y donde la visualidad cumple una función central en la producción de normalidad.

Uno de los dispositivos fundamentales de este régimen visual es el ecosistema mediático, pues la cobertura cotidiana de la violencia, articulada a través de la nota roja, el periodismo del *shock* y las lógicas de la espectacularización, produce una circulación constante de imágenes de cuerpos heridos, territorios devastados y escenas del crimen. Este modelo no responde únicamente a una lógica informativa, sino a una economía política del impacto, donde la violencia se convierte en un recurso visual que garantiza audiencias, pues el horror se transforma en espectáculo y mercancía.

Como ha señalado Jesús Martín-Barbero (2002), los medios no sólo transmiten información, sino que producen mediaciones culturales que estructuran la experiencia social. La violencia, al ser traducida en formatos mediáticos estandarizados, se integra a una gramática visual que la vuelve reconocible, consumible y, en última instancia, normalizable.

La nota roja no sólo informa sobre la violencia, la inscribe en una narrativa cotidiana donde el crimen aparece como parte del paisaje urbano. Los cuerpos dejan de ser personas para convertirse en escenas, cifras o titulares, donde la muerte pierde singularidad y el duelo se disuelve en el flujo informativo.

A este ecosistema mediático se suma la lógica de las plataformas digitales, pues la circulación de imágenes de violencia en redes sociales, servicios de mensajería y plataformas de video ha intensificado la presencia cotidiana del horror en la experiencia perceptiva. Las tecnologías digitales no sólo amplifican la visibilidad de la violencia, sino que transforman sus modos de circulación. La imagen ya no depende únicamente de los medios tradicionales, ya que circula de forma descentralizada, fragmentaria y viral.

Zygmunt Bauman (2007) ha señalado que las sociedades contemporáneas se caracterizan por una cultura de la inmediatez y la obsolescencia acelerada. En este contexto, los acontecimientos pierden densidad histórica y se consumen como episodios efímeros

dentro de un flujo continuo de estímulos. De este modo, la violencia se integra a este régimen de temporalidad acelerada.

La viralización del horror produce una paradoja: por un lado, multiplica la visibilidad de la muerte; por otro, reduce su capacidad de interpelación política. La imagen se vuelve un fragmento más en el torrente informativo, pues los algoritmos de recomendación, orientados a maximizar la atención, tienden a privilegiar contenidos de alto impacto emocional. La violencia, en este escenario, se convierte en un vector privilegiado de circulación, ya que la economía de la atención se alimenta del *shock* y la espectacularidad.

Otro componente central del régimen visual necropolítico en México es la producción institucional de archivo. La violencia no sólo se muestra en los medios y las plataformas, también se registra, se clasifica y se administra en sistemas burocráticos que producen una visualidad forense del país.

Fichas de personas desaparecidas, fotografías de restos óseos, mapas de fosas, bases de datos de homicidios, registros de personas no identificadas; el Estado produce una enorme cantidad de imágenes y documentos que constituyen una cartografía visual de la muerte. Esta visualidad burocrática no tiene como objetivo principal la memoria y la justicia, sino la gestión administrativa de la violencia, donde la muerte se traduce en un expediente que convierte al cuerpo en archivo del dolor que se reduce a un mero trámite.

Como ha mostrado Didier Fassin (2018), la violencia estatal no sólo se ejerce en el plano material, sino también en el simbólico. La burocratización del sufrimiento produce una forma de distancia moral que neutraliza la dimensión política del dolor. La visualidad forense, al convertir la muerte en objeto de registro técnico, contribuye a su normalización administrativa, pues la violencia se integra al funcionamiento ordinario del Estado.

En México, la necropolítica no se expresa únicamente en los dispositivos mediáticos ni en los registros oficiales de la violencia. Se inscribe, de manera concreta, en la organización del espacio. La violencia deja marcas territoriales y la muerte se vuelve parte de la geografía cotidiana. Barrios empobrecidos, periferias urbanas, carreteras, desiertos, fronteras y corredores migratorios conforman una cartografía reiterada del daño, donde la precariedad estructura el paisaje y el abandono define las condiciones materiales de existencia.

Henri Lefebvre (2013) sostuvo que el espacio no es un mero soporte físico, sino una producción social; el territorio está atravesado por relaciones de poder, lógicas económicas y dispositivos de control. En contextos necropolíticos, esta producción del espacio se articula con la exposición sistemática a la violencia.

Los territorios convertidos en espacios sacrificables funcionan como zonas de excepción donde la vigencia de la ley se debilita y la vida queda expuesta. En ellos, la muerte deja de ser un acontecimiento extraordinario y se vuelve una posibilidad constante. La visualidad no sólo registra estos espacios, sino que contribuye a fijarlos en la percepción social mediante mapas informales del abandono: “zonas rojas”, territorios peligrosos,

espacios considerados perdidos. De este modo, la necropolítica se inscribe también en la forma en que estos territorios son vistos, nombrados y reconocidos colectivamente.

La administración visual de la muerte se articula también con narrativas políticas que buscan legitimar el ejercicio de la violencia. Discursos de seguridad, retóricas de guerra, lenguajes de criminalización y figuras del enemigo producen un marco interpretativo que justifica la exposición diferencial al riesgo.

La visualidad participa activamente en esta operación de legitimación, pues las imágenes no sólo muestran escenas del crimen, sino que las inscriben en narrativas de guerra que producen un imaginario de confrontación permanente. El resultado es una forma de normalización política de la muerte donde el régimen visual necropolítico no sólo produce imágenes y paisajes, también produce subjetividades.

La exposición cotidiana a la violencia produce formas específicas de relación con el mundo social en las que la muerte deja de vivirse como un acontecimiento excepcional para asumirse como una posibilidad constante, mientras la precariedad se naturaliza y el abandono se incorpora como horizonte ordinario de la experiencia.

Este proceso va modelando formas ordinarias de adaptación a un entorno marcado por la muerte, donde la indiferencia se aprende como modo de resistencia cotidiana, el cinismo funciona como una coraza afectiva y el repliegue del duelo hacia el ámbito privado aparece como una manera de seguir viviendo en medio de la exposición constante a la violencia.

Como ha señalado Lauren Berlant (2011), las sociedades contemporáneas producen formas de vida marcadas por la precariedad estructural, donde la esperanza se convierte en un apego cruel a promesas que ya no pueden cumplirse. De este modo, en contextos necropolíticos, esta precariedad se articula con una exposición permanente a la violencia.

La visualidad contribuye a este proceso de adaptación a través de la repetición constante de imágenes de muerte que producen habituación. Desde esta perspectiva, México aparece como un laboratorio necro-visual donde la soberanía se ejerce a través de la administración simbólica de la muerte y la producción de un orden sensible adaptado a la violencia estructural.

La visualidad no se limita a mostrar la violencia, sino que la incorpora al paisaje social, de tal forma que la muerte deja de percibirse como una injusticia intolerable para asumirse como una condición estructural del orden existente; estas configuraciones perceptivas no operan únicamente por imposición, sino que se aprenden, se interiorizan y se vuelven parte de un entorno perceptivo en el que la violencia puede ser vivida como normalidad.

No obstante, este campo no se encuentra completamente determinado por las lógicas dominantes del poder. La visualidad constituye también un espacio de disputa en el que diversos actores, colectivos de familiares, movimientos feministas, activismos territoriales y otras formas de acción subalterna, intervienen mediante la producción de contraimágenes, dispositivos de memoria e intervenciones en el espacio público. Estas prácticas

no operan fuera del régimen de visibilidad, sino en tensión con él, reconfigurando temporalmente los marcos perceptivos y abriendo fisuras en la normalización de la violencia. En este sentido, el gobierno de la percepción no remite a un dispositivo unilateral, sino a un campo conflictivo en el que se enfrentan distintas formas de ver, sentir y significar el daño.

CONCLUSIONES

El análisis desarrollado permite desplazar la comprensión de la visualidad más allá de su consideración como simple régimen de visibilidad, para pensarla como un campo estratégico en la organización social de la percepción. A través de este desplazamiento, el concepto de gobierno de la percepción busca nombrar el conjunto de mediaciones mediante las cuales se configuran los marcos sensibles que orientan la atención, la interpretación y la respuesta afectiva frente a la violencia.

En este sentido, más que sostener una equivalencia cerrada entre visualidad y necropolítica, el artículo ha permitido mostrar que en el México contemporáneo ciertas racionalidades de administración diferencial de la vida y la muerte se articulan de manera particularmente intensa con dispositivos mediáticos, institucionales y tecnológicos de producción perceptiva. Esta articulación contribuye a la configuración de entornos en los que la exposición a la violencia puede devenir experiencia habitual, sin que ello implique una determinación absoluta de la percepción.

Sin embargo, estos procesos no agotan el campo de lo visible ni de lo sensible. La visualidad constituye también un terreno de disputa en el que emergen prácticas de memoria, colectivas y formas de contra-visualidad que reconfiguran, aunque sea de manera provisional, los marcos intervenciones desde los cuales la violencia es percibida y significada. Desde esta perspectiva, el problema no consiste únicamente en describir cómo se produce la normalización perceptiva del daño, sino en analizar las condiciones bajo las cuales dicha normalización puede ser interrumpida.

En este horizonte, el estudio del gobierno de la percepción abre una agenda de investigación orientada a comprender no sólo la producción social de la visibilidad, sino también la organización de la sensibilidad y la disputa por los marcos perceptivos que hacen posible reconocer, negar o transformar la experiencia colectiva de la violencia.

JOEL RUIZ SÁNCHEZ

Visualidad y gobierno de la percepción en México. Hacia una sociología política de la mirada en contextos de violencia estructural

REFERENCIAS

- Bauman, Z. (2007). *Vida líquida*. Fondo de Cultura Económica.
- Berlant, L. (2011). *Cruel optimism*. Duke University Press.
- Butler, J. (2010). *Frames of war: When is life grievable?* Verso.
- Citton, Y. (2017). *The ecology of attention*. Polity Press.
- Crary, J. (1990). *Techniques of the observer: On vision and modernity in the nineteenth century*. MIT Press.
- Crary, J. (2013). *24/7: Late capitalism and the ends of sleep*. Verso.
- Debord, G. (2012). *La sociedad del espectáculo (Ed. crítica)*. Pre-Textos.
- Fassin, D. (2018). *La vida: una historia moral*. Adriana Hidalgo Editora.
- Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978–1979)*. Fondo de Cultura Económica.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Capitán Swing.
- Martín-Barbero, J. (2002). *De los medios a las mediaciones: Comunicación, cultura y hegemonía*. Convenio Andrés Bello.
- Mbembe, A. (2011). *Necropolítica*. Melusina.
- Mirzoeff, N. (2011). *The right to look: A counterhistory of visibility*. Duke University Press.
- Rancière, J. (2009). *El reparto de lo sensible: Estética y política*. Prometeo Libros.
- Rose, N. (1999). *Powers of freedom: Reframing political thought*. Cambridge University Press.
- Sontag, S. (2003). *Ante el dolor de los demás*. Alfaguara.